

Observé las gotas de agua que resbalaban por el cristal de la ventana del autobús. El día había amanecido gris y ahora estaba lloviendo; sin embargo, el bullicio de las calles no cesaba. Los ejecutivos caminaban deprisa con el maletín en una mano y el móvil en la otra, tratando de esquivar a la gente de a pie. Los niños eran arrastrados por sus cuidadoras medio dormidos a la escuela y el tráfico era incesante.

Hoy había madrugado más de lo habitual, tenía una cita muy especial y no quería llegar tarde. Me fijé en el reflejo del cristal y vi a un anciano lleno de arrugas, con el pelo blanco y manchas en las manos, vestido con un traje gris y una corbata algo desfasada que me devolvía la mirada. ¡Cómo había cambiado, qué rápido habían pasado los años!

Al cabo de veinte minutos llegué a mi parada. Me bajé del autobús con cierta dificultad, esos bordillos no están pensados para las personas mayores y recordé mi juventud, cuando creía que nada ni nadie podía frenarme, y fíjate ahora, un simple escalón se me antoja un salto al vacío. Por suerte había dejado de llover y algún rayo de sol se colaba tímidamente entre las nubes.

Olía a humedad, a campo y a lluvia. Me encanta ese aroma, me recuerda a mi niñez en el pueblo. Después del chaparrón, me ponía las botas de agua y salía a buscar caracoles con mi hermano. A la vuelta nos recibía madre con un tazón de sopa que tomábamos en el porche de la casa. Es curioso ver cómo regresan, cada vez con más frecuencia a mi cabeza, los recuerdos del pasado.

Caminé dirección a mi cita. Estaba nervioso, ilusionado y algo triste puesto que había pasado mucho tiempo alejado de mi amor y tenía algo importante que decirle. Al llegar a la entrada decidí comprar un ramo de lirios, recuerdo que eran sus flores preferidas.

- Hola Ana, perdona que no haya venido antes a verte. He estado perdido algún tiempo, aunque supongo que ya lo sabes, con lo bien que me conoces....

Sus ojos brillaron y se cubrieron de lágrimas, trató de contener la emoción.

- Te he traído flores. –Respiró- Anoche cené en casa de los chicos. Lucía va a ir a la Universidad el próximo curso y Marcos se peleó el otro día con un compañero de su equipo de futbol, dice que es un chupón -sonrió al repetir la expresión de su nieto-. En general las cosas van bien Ana, tú no te preocupes por nada.

Sustituyó las flores secas del jarrón por las nuevas y se sentó a su lado. Estuvieron en silencio unos minutos. - << Es curioso cómo cambia la percepción del tiempo en el transcurso de los años. Cuando eres joven tienes prisa por alcanzar tus metas, siempre corriendo, de un lado a otro, sin parar, y de repente, pasan los años, el tiempo se detiene y se te ha pasado la vida, y no te has enterado>> - pensó.

- Tengo una nueva amiga, Ana, la siento desde hace algún tiempo y en ocasiones noto que me acompaña, casi puedo tocarla. Me está esperando. Bueno, en realidad no es una nueva amiga, siempre ha estado ahí, solo que he estado tan ocupado que la había olvidado.

Te he echado mucho de menos, aún te echo de menos. Añoro nuestros paseos al lado del río, las charlas interminables hasta la madrugada, tu deliciosa tarta de manzana, echo de menos hasta tus regañinas cuando olvidaba tirar la basura- río recordando esos momentos- Ha despertado una idea en mi cabeza que cada vez está alcanzando más fuerza y, aunque me da miedo, he decidido abrazarla. Se puso en pie. Tenía las articulaciones algo agarrotadas. Olió los lirios por última vez y, tras despedirse de su mujer, salió del cementerio.

Cogió un autobús de vuelta al centro de la ciudad, ya no quedaba rastro de las nubes, el cielo estaba despejado y se disfrutaba con el contacto de los rayos del sol en la piel. Pronto llegaría el verano.

De regreso a casa pasó por el mercado. La noche anterior había invitado a comer a su familia. Quería celebrar con ellos, pues iba a emprender un viaje, donde al final del camino seguramente, se encontraría con su amor, pero hasta entonces, tenía una cita con su reencontrada amiga, la vida.